

VIGAS DECORADAS MUDEJARES DE LA CATEDRAL VIEJA DE SALAMANCA

La Capilla de Santa Catalina, antes llamada del Canto, de la Catedral Vieja de Salamanca alberga una serie de obras procedentes de la misma seo y de la parroquia de San Isidoro. Está en este momento en proceso de adecentamiento con miras a exponer debidamente las piezas allí reunidas y por reunir. La capilla, edificada sobre la anterior de la que queda testimonio en los nichos sepulcrales inmediados a su ingreso, data de fines del siglo XV, de años anteriores a 1492¹. Se abre la capilla al ala meridional del claustro, hacia oriente. Consiste en un amplio espacio rectangular, dividido en tres tramos cubiertos por sendas e iguales bóvedas de crucería estrelladas, de pronunciada altura y ricamente decoradas. Los nervios prolongan sus molduras por las respesiones murales, que parten de ménsulas ornadas con ángeles tenantes de escudos. Actualmente, se han fijado al muro oriental de la capilla, pensando en su exhibición adecuada, cuatro vigas o maderos, que se dan como procedentes del artesonado del desaparecido claustro románico y que son el objeto de este estudio.

He de comenzar por señalar que estas cuatro piezas —que se dicen procedentes del claustro— acusan haber sido reutilizadas. Han llegado a nosotros con más o menos mutilaciones e ignoramos dónde «se descubrieron» antes de ser recogidas en la capilla de Santa Catalina. De estas cuatro piezas que presentan en su estado actual medidas aproximadamente iguales, tres denotan ser de una misma época, estilo y destino; y la cuarta, posterior. Las designaré —de ahora en adelante— con las letras A, B, C y D.

Las piezas A y B no conservan la longitud originaria, pero sí la totalidad de la decoración correspondiente a dos de sus caras: una lateral y la inferior. Se trata de dos vigas, talladas y pintadas en sus extremos y el resto policromado.

La viga A mide 3,65 m. de largo, 0,235 m. de alto, y 0,125 m. de grueso. Su cara lateral —con la inferior, hoy la única decorada— ofrece a los extremos sendos relieves, que fingen mensulones de lóbulos con motivos animados. Entre los fingidos «mensulones» se extiende una decoración, meramente pintada, a base de sencillo lazo (que dibuja doble estrella de ocho puntas anudadas), en medio del cual se repiten águilas, de tono heráldico, con las alas explayadas. En el trazado geométrico de la lacería se alternan fondos rojos y verdes separados por cinta marrón, con superficies más claras —hoy, de tonalidad ocre— contra las que se recortan las águilas bermellón. (En la cara inferior de la viga continua, más simplificada, el motivo de lazo y las águilas).

El relieve del mensulón de nuestra izquierda, ofrece dos dragones de cuellos largos y anudados, dispuestos antitéticamente y, entre ellos, en el

¹ Véase, entre otros, M. Gómez Moreno, *Catálogo Monumental de España. Provincia de Salamanca*, Valencia, 1967, p. 112; J. Camón Aznar, *Salamanca (Guía Artística)*, Salamanca, 1953. p. 67; y J. Gudiol Ricart, *Salamanca y su provincia*. Barcelona, 1956, p. 58.

suelo, un recipiente con apariencia de caldero. Los dragones distribuyen sus alas y colas retorcidas —convertidas en vegetales— de tal modo que ocupan al máximo el espacio. Consérvase parcialmente la policromía, más perceptible en el fondo rojo. La orla del mensulón se decora con motivos perlados. El relieve del modillón de nuestra derecha —por lo demás igual al descrito— desarrolla una arpía, cubierta con caperuza, entre brotes vegetales y cola a su vez vegetal, con la cabeza vuelta violentamente hacia atrás. La policromía —aquí mejor conservada— realza la talla, cual los trazos negros de las alas, capucha y rostro.

Ha de advertirse que esta viga está cortada por el lado derecho, mientras por el izquierdo conserva todavía unos 0,285 m., en blanco, que responderían a la parte oculta en la pared. En la cara inferior, la pintura comienza a partir de donde terminan los «fingidos mensulones», lo que obliga a pensar que hasta esa parte apoyarían en ménsulas auténticas o decorativas. La cara lateral opuesta —hoy mal desbastada— debía contar con una ornamentación semejante.

La viga B, como la anterior, con ménsulones fingidos a los lados, decora el resto con traza geométrica pintada, en la que se combinan y superponen cuadrados ajedrezados, inscritos en medallones lobulados enlazados de doble cinta, que acogen veneras. El ajedrezado de los cuadrados es blanco y verde; verde, separado por una línea blanca, la doble cinta de los medallones enlazados; y, en fin, rojo, el fondo sobre el que destacan las veneras, de un blanco amarillento. Las veneras, de ocho gallones atravesados por sectores curvos y decorados con pequeños círculos, ofrecen la peculiaridad de dibujar un rostro sumario en la charnela. (Al igual que en la viga A, la pintura se extiende por la cara inferior, repitiendo, simplificado, el motivo de lazo y las veneras. Y asimismo quedan en blanco, en dicha cara, dos extremos, que apoyarían en soportes volados).

En los fingidos mensulones, de borde perlado sobre fondo verde, se desarrollan escenas cinegéticas en relieve realzado con pintura —muy perdida—, que, mediante color y diseño, perfilaba rostros, vestidos y demás elementos de la composición. En el mensulón de nuestra derecha vese la caza del jabalí. Aparecen dos hombres, con traje corto y ceñidor; el uno, detrás del jabalí, avanza, haciendo sonar un cuerno y con la pica al hombro; el otro, se enfrenta a la fiera, a la que ha atravesado con la lanza. Matas y hojas sugieren la fragosidad del paisaje.

El relieve del mensulón de nuestra izquierda plasma la caza del ciervo. Dos perros dan alcance a la bestia, clavando el uno sus dientes en el lomo y el otro mordiendo una de las patas traseras. La escena refleja un gran dinamismo —en contraste con la caza del jabalí, más quieta—, captando la velocidad de la carrera del ciervo en su huida. El animal, de rameada cornamenta, vuelve la cabeza hacia los agresores, a un tiempo que, a punto ya de desfallecer, se le doblan las manos. Una decoración vegetal semejante a la de la caza del jabalí cubre los espacios entre las figuras animadas, destacando la pintura de unas flores blancas octipétalas sobre fondo rojizo. (La cara opuesta de la viga, hoy mal cortada, debió estar decorada de forma pareja).

Mide esta viga 3,52 m. de largo, por 0,23 m. de alto y 0,125 de grueso.

Al igual que la viga A, tampoco conserva su longitud originaria, estando cortada por la derecha a ras del relieve de la caza del jabalí y manteniendo del otro lado un trozo en blanco, de 0,145 m., correspondiente a la parte de apoyo en el muro.

La viga C tiene sensiblemente el mismo alto y grueso que las A y B (0,23 m. por 0,14 m.), presentando actualmente decorada sólo una de sus caras. (La viga, cortada irregularmente por los extremos, mide 3,35 m. de largo). La decoración (en este caso, relieve continuo policromado) consiste en una franja de arcos mixtilíneos enlazados, que acogen castillos y leones coronados, alternativamente. Los arcos, tratados a modo de cinta que se entrecruza en la clave y forma a su vez la orla que limita el borde superior de la viga, se pintan de verde con perladuras. Bajo los arcos, como se ha apuntado, se repiten los heráldicos castillos y leones (los castillos sobre fondo rojo y los leones sobre fondo blanco); y las enjutas se ocupan con atauriques.

Estas tres vigas (A, B y C) encierran indiscutible interés, procedan o no del artesonado del desaparecido claustro románico, sustituido por la edificación del XVIII. La obra del claustro románico salmantino en construcción en 1175, estaba muy avanzada en el decenio siguiente, aunque ello no quiere decir que se hubiera concluido por completo. Pues bien, los relieves animados y la pintura de las vigas concuerdan con el arte vigente a fines del XII. Temáticamente, dragones, arpía y cazas se prodigan en el románico de la duodécima centuria. Dragones de cuellos enlazados, semejantes a los de las vigas, vense en el claustro de Silos (ala oeste), en el sepulcro de la Magdalena (Zamora)² o —por limitarme sólo a tres ejemplos— en el capitel exterior de una ventana de la capilla mayor —lado de la Epístola— de la propia Catedral Vieja de Salamanca. Y otro tanto vale para la arpía con capirote— frecuente en toda Castilla y León, con paralelo en el ya citado sepulcro de la Magdalena— y para la caza del jabalí y del ciervo. La caza del jabalí, muy presente en el románico de la zona castellano-leonesa, con variantes que incluyen un mayor o menor número de elementos, figura así —por citar sólo algún relieve próximo— en uno de los capiteles exterior del ábside del Evangelio de la Colegiata de Toro³ y en los capiteles de los arcos románicos del Exconvento de Santa María de la Vega (Salamanca), para los que Gómez Moreno lanzó la posibilidad de que fuesen restos del desaparecido claustro románico de la Catedral Vieja⁴. La caza del ciervo —menos frecuente en el románico español— se trata en la viga parcialmente como complemento de la caza del jabalí, al incorporar los perros, ausentes en esta variante.

No menos de época es la pintura, claramente mudejarizante, con sus paños de lazo y reiteración de motivos dentro del trazado geométrico (águi-

² M. Ruiz Maldonado, «Dos obras maestras del románico de transición: «La portada del Obispo y el sepulcro de la Magdalena», *Arte Medieval en Zamora*, Salamanca, 1988, p. 39 y ss.

³ M. Ruiz Maldonado, *El caballero en la escultura románica de Castilla y León*, Salamanca, 1986, p. 139. (Halláanse en esta obra referencias a otras escenas cinegéticas de la escultura románica española y bibliografía sobre el tema).

⁴ M. Gómez Moreno, *Op. cit.*, p. 162; M. Ruiz Maldonado, *Op. cit.*, p. 120.



Salamanca. Catedral Vieja. Vigas mudéjares: 1. Vigas A y B.—2. Vigas C y D.—3. Viga B.—4. Viga A.

LAMINA II





Salamanca. Catedral Vieja. Vigas mudéjares: 1. Viga C.—2. Viga C.—3. Viga C.—4. Viga D.

las y veneras), así como el relieve de la viga C —y su policromía—, a base de arcos mixtilíneos enlazados, de raigambre taifa, con los castillos y leones. Islamizantes es, por tanto, la serie de arcos mixtilíneos, con precedentes en la decoración de la Aljafería; e islamizantes, la decoración perlada y el ataurique. Pero todo este repertorio de formas mudejarizantes no son nada extraño al ambiente salmantino de la propia Catedral Vieja. Estas tres vigas (A, B y C), no anteriores a fines del XII, pero que muy bien pudieran datar —como me inclino a pensar— ya del primer tercio del siglo XIII, son un testimonio más de la presencia de lo mudéjar en la Catedral Vieja salmantina, que persistirá, v. gr., en la arquitectura de la capilla de Talavera y en la decoración y pintura de sepulcros, cual el de Chantre Aparicio, en el brazo sur del transepto, o el de D. Rodrigo Díaz, en la capilla de San Martín.

La viga D, cortada irregularmente por uno de sus extremos, mide 3,40 m. de largo. Sólo tiene decorada una cara y, en la actualidad, es levemente menos alta que las otras (0,215 m.) e igual aproximadamente de grueso (0,14 m.). A nuestra derecha mantiene 0,38 m. sin labrar, resto de lo que apoyaría en la pared.

La viga D, tallada y policromada, se aparta técnica y estilísticamente de las otras tres. Se cubre por completo con motivos vegetales, cuyos tallos dibujan una malla de formas ovoidales, que dejan adivinar un eje de simetría. Diferentes tipos de hojas y racimos llenan por completo la superficie. La pintura, casi totalmente perdida, se conserva mejor en ciertos fondos rojos y verdes. Dentro de estas características, la talla acusa, en fin, un relieve con modelado de superficies curvas y aristadas, en variedad de planos sucesivos, si bien próximos y poco profundos, todo ajustado a una estética ya de cuño gótico.—MARGARITA RUIZ MALDONADO.

RODRIGO GIL DE HONTAÑÓN Y LA IGLESIA COLEGIAL DE PEÑARANDA DE DUERO (BURGOS)

En el abundante muestrario de iglesias construidas a lo largo del siglo XVI en tierras burgalesas, destaca por la singularidad de su estructura y alzado el templo parroquial de Santa Ana, de la villa de Peñaranda de Duero, que fue Colegiata, colocada bajo el patronato de los Condes de Miranda y de Peñaranda, señores de dicho lugar, y que fue fundada y comenzada a construir por la Condesa de Miranda, D.^a María Enríquez y Cárdenas. Aunque las obras sufrieron cambios y demoras por lo que no se concluyeron hasta fines del siglo XVI, completándose con otras menores posteriormente, el mérito de su edificación debe anotarse a la memoria de la Condesa, que fue quien consiguió la oportuna Bula pontificia para unir las parroquias de San Miguel y San Martín, con sus rentas y propiedades, a la nueva de Santa Ana, para la que consiguió el título de Colegiata.

Aunque sin total seguridad, varios han sido los nombres de maestros a